

Literatura y publicaciones para niños y adolescentes

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

Doctor en Filosofía y Letras

Bibliotecario

Director de la Casa de Cultura de Soria

No es la primera vez que en estas mismas páginas de la REVISTA DE EDUCACION (1), en algún libro (2) y en otras publicaciones periódicas (3) trato de este tema que no sólo por mi profesión de bibliotecario, sino por una especial preferencia, me preocupa desde hace bastantes años. Pero es tan amplio y complejo, que permite abordarlo desde los ángulos y aspectos más diversos. Hoy intento recoger algunos con el propósito de patentizar mi firme convicción de que se hace precisa, cada día más, la exigencia de una preocupación y de una cooperación colectivas para crear un clima propicio y estimular una auténtica literatura y unas publicaciones adecuadas a los niños y a los adolescentes.

HACIA UN NECESARIO CAMBIO DE MENTALIDAD ANTE EL COMPLEJO PROCESO EDUCATIVO

Abunda todavía entre numerosos docentes de primera y segunda enseñanzas el rígido criterio según el cual la educación se separa en compartimentos estancos: de un lado, la Enseñanza elemental, con sus cartillas y sus enciclopedias escolares y, del otro, la Enseñanza media, con sus libros de texto, sin apenas resquicio para la literatura ni para otras publicaciones—infantiles, juveniles—que no sean estrictamente de estudio.

Dijérase que se respira—pese a los intentos de modernizar los métodos educativos—esa viciada atmósfera del «libro de texto», autoritario y solo, que impide a ciertos maestros y profesores abrirse ellos mismos y abrir a sus alumnos ante el amplio horizonte de la literatura, sin que se pueda extender ni arraigue verdaderamente el hábito de las lecturas comentadas.

De igual modo, en gran número de nuestros hogares—y no siempre por falta de recursos económicos—no se ven libros: apenas, y por pura necesidad, los de carácter escolar. Una reciente y estremecedora encuesta, efectuada entre más

de 16.000 niñas y niños de Barcelona (4), nos confirma que en la gran Ciudad Condal, en el 41,5 por 100 de los hogares hay menos de 25 libros, que se reducen a las cartillas y enciclopedias de la escuela. En esa misma encuesta, un 46 por 100 de niños ha respondido que su primer libro «leído» fué la cartilla escolar; un 56 por 100, que sólo han recibido un libro como regalo en Navidad o Reyes, o en el día de su santo, otro 25 por 100... Estos y otros datos más son un índice revelador de la penuria cultural de nuestra vida familiar—al menos en gran parte—y de las viejas rutinas educativas, si no oficialmente vigentes, si incrustadas aún en diversos sectores pedagógicos de nuestro país. Si a ello se añade la falta de bibliotecas escolares y la extensión—muy escasa todavía—de bibliotecas infantiles o de secciones infantiles dentro de nuestras bibliotecas públicas, comprenderemos con facilidad esa lamentable confusión en muchas mentes infantiles al identificar el libro—un libro cualquiera—con el texto escolar, lo que conduce a menudo a la no afición a la lectura, por creer que ésta es un trabajo árido, una pesada obligación de la escuela y no un placer y una necesidad vital—como correr y jugar—que, a la vez de divertir, forma y educa.

El proceso educativo es mucho más complejo de lo que parece. La rigidez, el achatamiento, la rutina de los conceptos y los viejos métodos aún en uso requieren un cambio urgente de mentalidad. Es preciso llegar a un equilibrio entre las exigencias del entendimiento y las del sentimiento en la preparación de los niños para la

(1) Cfr. mis artículos: *En torno a la lectura infantil y juvenil* (núm. 137, 2.º quinc. junio 1961), *Algunas consideraciones sobre los libros de texto* (núm. 54, octubre 1963), *Hacia una educación de la lectura* (número 130, 1.º quinc. marzo 1961), *Fisonomía de la lectura* (núm. 134, 1.º quinc. mayo 1961), *La lectura ante el futuro* (núm. 93, 2.º quinc. febrero 1959) y *La televisión como problema vital y educativo* (núm. 150, junio 1962).

(2) Cfr. *Mil obras para los jóvenes* (Madrid, Ministerio de Educación Nacional, 1952) y *La biblioteca en la escuela* (Madrid, Ministerio de Educación Nacional, 1961).

(3) En el «Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas», *Familia española*, *El libro español*, etc.

(4) Cfr. el interesante folleto *Los niños quieren leer libros*, editado por «Amigos de la Cultura y el Libro» (Barcelona, 1961).

vida. Como ha dicho Ortega y Gasset (5), «el problema de la educación es siempre un problema de eliminación, y el problema de la educación elemental es el problema de la educación esencial», porque «no es lo más urgente educar para la vida ya hecha, sino para la vida creadora».

No sólo es preciso renovar y mejorar las cartillas, las enciclopedias escolares y los libros de texto al uso. Hace falta, además, llevar al convencimiento de padres y educadores que los niños y los adolescentes requieren también otros libros con alas, capaces de abrirles los más amplios horizontes. La literatura como algo vital, la curiosidad intelectual, abierta y porosa, han de ser exigencias ineludibles en ese cambio de mentalidad que nuestro tiempo reclama a padres y educadores, porque, como ya dijo Herbart, «cuando se sabe llevar al alma juvenil un gran círculo de ideas interiormente unidas en todas sus partes, ideas capaces de vencer lo desfavorable del medio ambiente y de apropiarse lo favorable del mismo, sólo entonces puede decirse que se es dueño de la educación».

NUESTRA ACTITUD ANTE EL NIÑO Y EL ADOLESCENTE DE HOY

Es evidente que hasta los siglos XVIII y XIX no se ha empezado a sentir en el mundo cierta preocupación por la infancia y la juventud. Pero casi siempre se ha hecho una pedagogía y una literatura para niños y adolescentes conforme a nuestro criterio o a nuestro punto de vista de adultos. Es preciso pensar en las necesidades, en las exigencias infantiles y juveniles. Por otra parte, también hay que reflexionar sobre los cambios producidos en el niño y el joven de hoy. Y, sobre todo, se debe meditar en el cambio extraordinario de nuestro tiempo, debido al enorme avance de la técnica, con sus consiguientes transformaciones sociales, que producen, de modo inevitable, una profunda crisis de valores humanos. No son el niño y el adolescente un hombre en pequeño, sino un hombre en sus etapas iniciales. De la adecuación o no de la educación, de la literatura, de la vida cultural que ofrezcamos al niño, al adolescente de hoy, tendremos o no el hombre que ya reclama la sociedad del futuro y al cual cabe valorar anticipadamente por cuanto pueda llegar a ser no sólo gracias a su inteligencia y a su esfuerzo, sino a lo que seamos capaces de ofrecerle. Si se tiene en cuenta que la infancia y la adolescencia son los períodos más difíciles desde el punto de vista formativo, aún se ve más patente nuestra enorme responsabilidad. El niño, por otra parte, imagina una realidad distinta de la verdadera. A medida que se va haciendo mayor diríase que la vida le desilusiona, porque los Reyes Magos y tantas otras cosas no eran sino bellos símbolos que adornaron sus pri-

meros años. Luego, ya adolescente, cambia a cada paso, como las imágenes fluctuantes de un caleidoscopio, en esa búsqueda incesante por encontrarse a sí mismo, tanto que, como ha dicho François Mauriac (6), «la juventud es un dios con millares de rostros».

En esa inevitable desilusión ante el bello mundo infantil, trocado en el más prosaico de la realidad circundante, y en esa contradictoria agitación juvenil en busca del propio «yo», y en medio de un mundo cambiante en plena transformación técnica, social y económica, es donde se hace precisa una equilibrada y comprensiva actitud ante el niño y el adolescente, a los cuales se debe cuidar más que nunca, a fin de que no pierdan ciertos valores humanos permanentes—pero hoy en crisis—, a la vez de hacerles más ágiles y de prepararles mejor para afrontar un futuro distinto y difícil, que ya se perfila con firme trazo sobre el horizonte actual.

¿LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL O, MEJOR, LITERATURA PARA NIÑOS Y ADOLESCENTES?

La expresión *literatura infantil y juvenil* disminuye, con la adición de tales adjetivos, el valor pleno del sustantivo *literatura*. Con el uso de aquéllos se hace referencia más bien a las sobras o migajas del banquete literario, o, por caminos distintos, a esas otras publicaciones—escolares, didácticas o puramente recreativas—que no son literarias. La literatura es una, y a lo largo de la historia universal, cuando se ha escrito con pulcritud, con claridad y con sencillez, se ha escrito también—aunque los propios autores no se dieran cuenta—para los niños o los jóvenes. Será, en efecto, más exacto decir literatura para niños y adolescentes, pues si no siempre se escribe deliberadamente para ellos, desde hace un par de siglos se siente esta necesidad, y ya en nuestro tiempo es cuando va adquiriendo su clima, su autonomía y mundo propios. Conviene, pues, precisar este concepto, perfilar sus límites, fijarse en sus características y en su temática y, de otra parte, en las especiales aptitudes, motivaciones o circunstancias de los escritores que la cultiven.

Aunque haya de ser indispensablemente moral, no le basta con esta sola cualidad, porque para ser literatura ha de ser obra de arte. Un cuento moralizador pero mal escrito, sin ningún valor estético, será una bien intencionada publicación infantil, pero jamás podrá figurar en el acervo de la literatura para niños o adolescentes.

Como características esenciales de ésta, la solidez estética y la validez moral, a las que pueden añadirse la invención y la intuición, la amenidad, la claridad y la sencillez dentro de cualquiera de las facetas de la temática infantil (lo maravilloso o lo fantástico, el sentido de aventura, el amor hacia lo natural) o del inquieto dinamismo

(5) Cfr. O. C.: *El espectador*, II, 268 y sigs.

(6) Cfr. *Le jeune homme*, París (s. a.), pág. 20.

juvenil (la acción o la actualidad, dirigidas hacia lo novelesco, lo histórico, lo científico, lo social, etcétera). Toda esta gama de matices ha de ofrecer al niño y al adolescente una evidente seguridad afectiva, una firme orientación artística y un recto estímulo ético, llevándole gradualmente desde lo fantástico y lo maravilloso o desde el mundo de la naturaleza al mundo de la realidad, para ya en éste—desde el encuentro con la sociedad—llegar al propio conocimiento de sí mismo. Cualquiera de los géneros al uso—los cuentos de hadas, las narraciones de aventuras, las novelas, los viajes, las biografías—pueden armonizar, si son verdaderas obras literarias, lo estético con lo moral. Dependerá de la calidad y de la intención de los autores, es decir, no sólo de su aptitud como escritores capaces de interesar a la niñez o la juventud, cuanto de ceñirse, gustosa, espontáneamente, a unas determinadas motivaciones o circunstancias que no son otras sino las de situarse entre los mismos niños o adolescentes como uno más entre ellos para sentir con ellos. Se trata, pues, de ser escritor y, a la vez, de una especial predilección o preocupación hacia la niñez y la juventud, las cuales, si no en la extensión que sería deseable, sí cuentan con grandes figuras que más o menos se han interesado por ellas dentro de la literatura universal: Lafontaine, Perrault, Fénelon, *George Sand*, Daudet, Dickens, Kingsley, los hermanos Grimm, Andersen, Selma Lagerlöf, Stevenson, Kipling, Tagore, Tolstoi, *Mark Twain*, Lichtenberg, Péguy, *Collodi*, Benavente, Mauriac, Giraudoux o Saint-Exupéry, entre otros.

Actualmente se observa una tendencia cada vez más acusada, por la cual escritores consagrados dedican su atención—más o menos frecuente—a los niños y los jóvenes: así, por ejemplo, los noruegos Thorbjorn Egner, Alf Pröysen y Anne-Cath Vestly, algunos novelistas yugoslavos o, entre nosotros, poetas como Carmen Conde, Rafael Morales y José García Nieto, escritores como José María Sánchez Silva o novelistas como Carmen Kurtz y Ana María Matute, entre otros más que podrían citarse.

Grandes escritores de todos los tiempos y países, como Cervantes, Swift, Defoe, Shakespeare o Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, que no han escrito para niños o adolescentes, no hubieran podido sospechar que *Don Quijote*, *Gulliver*, *Robinson Crusoe*, *Hamlet*, *El rey Lear* y *El mercader de Venecia*, o el burrillo Platero iban a ser personajes familiares en el mundo infantil. De estos y otros casos análogos que, al igual de los adultos, los mejores escritores para los niños y los jóvenes pueden serlo también los grandes escritores universales, con tal de seleccionarse bien determinadas obras o fragmentos o de adaptarse aquellas otras que pudieran requerirlo. Las adaptaciones—es cierto—son peligrosas si falsean el espíritu y empuñeñen el estilo del escritor. Pero si quien las realiza es asimismo un buen escritor y lo hace con amoroso respeto hacia la obra

adaptada, no sólo son posibles, sino deseables. Así, gracias al acierto y al talento de Charles Lamb pueden leer los niños a Shakespeare. Es, además, muy necesario renovar la temática (7) no sólo merced a las nuevas aportaciones de los escritores actuales interesados por la infancia y la juventud, sino gracias a una laboriosa e inteligente labor de espiguelo a través de la literatura universal. Muchas obras que siguen editándose para los niños y los jóvenes de hoy están completamente fuera de tiempo y de lugar, puesto que resultan insípidas, acarameladas y desprovistas del más mínimo interés. En estos casos debe romperse con esa rutina editorial e intentar una renovación a fondo, basada en la más responsable y acertada selección.

Por otra parte, no se debe exagerar sobre ese tan temido foso que aparenta separar dos mundos distantes y distintos: el maravilloso o fantástico de la infancia y el mundo real de los hombres. Muchas veces no existen, o al menos no tan diferenciado como se cree. Por tanto, entre las obras que constituyen el acervo de la literatura universal y, lo que resulta más difícil, en algunas de las que hoy se escriben «pensando en», o, mejor, «sintiendo para» los niños y los jóvenes se pueden espigar páginas sanas, claras y sencillas que, lejos de ahondar el dantesco foso divisorio de esos dos mundos—más bien exagerados por la miopía de los hombres—, ofrezcan a los niños y a los adolescentes la más amplia comprensión de la vida y de las cosas, aunque sin romper jamás en ellos su innata capacidad para el ensueño...

OTRAS PUBLICACIONES PARA NIÑOS Y ADOLESCENTES

Hay que dignificar también la que sin ser literatura propiamente dicha supone una valiosa aportación cultural para la formación de niños y adolescentes: desde esos álbumes, iniciación indispensable en la lectura—y a los que Faucher, más conocido por *Père Castor*, dedica especial atención en Francia—, hasta las revistas para niñas o para muchachos, pasando por las obras de divulgación—ya de auténticos científicos como Stoppani o Fabre, ya de narradores de extraordinaria fantasía como Verne—o por las biografías de personajes ejemplares.

Pero la divulgación para niños y adolescentes es mucho más difícil de cuanto parece si logra acercarse a la literatura en su belleza estilística y si sabe armonizar la exactitud del tema con el atractivo y la amenidad para presentarlo. Ha de ofrecer los aspectos más precisos de la ciencia, de la historia y de la vida dentro de ese ritmo heroico o deportivo que late en todo adolescente. Como ejemplos de la mejor divulgación actual recordemos *La historia de nuestro amigo el átomo*

(7) Cfr. mi artículo: *Sobre los autores y la temática de la literatura infantil*, en «El Libro Español» número 11, noviembre 1958, págs. 580-82.

mo, precioso libro en que Heinz Haber —con la valiosa colaboración gráfica del famoso Walt Disney— presenta a los chicos una sugestiva introducción al mundo de la física atómica. He aquí, por otro lado, una muestra perfecta de equilibrio entre dibujo y texto, debido a la inteligente colaboración del artista con el escritor. El dibujo gracioso y el bello colorido de estas ilustraciones de Disney son el incentivo justo y el medio más bello para que el contenido didáctico de la obra de Haber no se quede en mero proceso mecánico de memoria, sino que se transforme al mismo tiempo en un proceso plástico capaz de enriquecer lo simplemente cognoscitivo en el interior de las mente infantiles.

Idéntica armonía de textos e ilustraciones al servicio también de una dignidad moral de contenido, de cierta altura y variedad temáticas y de unos criterios estimulantes de la más amplia curiosidad intelectual—amena siempre y asequible— es lo que hoy requieren las revistas infantiles y juveniles. En la falta de contenido, de buen gusto y de equilibrio que caracteriza hoy—en general— a estas publicaciones es donde radica en la más amplia extensión, y en mucha mayor profundidad de cuanto se cree, el más agudo problema creado en torno a la lectura para la infancia y la adolescencia. Salvo muy contadas excepciones, el panorama actual de tales revistas es, entre nosotros, lamentable y desolador. Pero aún resulta más triste que cuanto se ha escrito en revistas especializadas, y hasta en la prensa diaria, sobre este agudo problema haya quedado en el vacío y que hasta ahora tampoco hayan conseguido nada positivo las comisiones designadas—desde hace algunos años— para estudiarlo y resolverlo. Es un problema que ya no admite espera. No se trata tan sólo de la más cuidadosa o decidida intervención de la censura oficial hasta aquí—por otra parte— mal enfocada en lo que atañe a esta clase de publicaciones, tanto como en los criterios al uso respecto a la calificación de películas en relación con los niños y adolescentes, para quienes—por lo general— cualquier truculencia más o menos del Oeste americano o la exaltación de la violencia delictiva o simplemente de la fuerza bruta suele «tolerarse» para los catorce o los dieciséis años, y a veces por debajo de esas edades. Se hace preciso en esto, como en las revistas infantiles, una muy meditada y enérgica intervención estatal. Se requiere una reglamentación y una vigilancia efectiva que exijan a las revistas infantiles y juveniles una dignidad estética y moral de la que hoy suelen carecer. Y si para determinados editores no resultasen rentables tales publicaciones sometidas a esa rigurosa reglamentación, tanto mejor, porque ante el riesgo de desaparición de muchas de las actuales—lo cual significaría una especie de necesaria operación quirúrgica, de inevitable catarsis— se verían impulsados los propios organismos docentes y culturales a crear o a impulsar esas otras auténticas revistas infantiles y juveniles

que hoy se echan de menos. ¿Por qué no crear desde ahora ya, con el apoyo estatal y bajo la dirección de escritores, religiosos, educadores y profesores, artistas y bibliotecarios, algunas revistas infantiles y juveniles que fueran no sólo un estímulo, sino un modelo a seguir por los demás editores en este género de publicaciones? Creo que tal sugerencia bien podría estudiarse y convertirse en realidad con la urgencia que este grave problema reclama: los medios materiales pueden allegarse, las personas capaces de realizarlo existen, y sólo es cosa de acertar a seleccionarlas y de ponerlas en contacto. Sería ésta, sin duda, una de las más serias y eficaces tareas educativas del momento actual.

CARA Y CRUZ DEL CINE Y LA TELEVISION EN TORNO A LA LECTURA INFANTIL Y JUVENIL

Si, por un lado, el cine y la televisión suponen un magnífico elemento sugeridor para la lectura, por el otro absorben de tal modo al niño y al adolescente que se ofrecen como los más peligrosos enemigos del libro. No debieran serlo, sino unos estímulo constantes a la lectura. Y en algún caso lo son, pero entre la mayoría el uso abusivo de la televisión especialmente es de consecuencias en extremo negativas. Si en el adulto disminuye su afición a la lectura, en el niño pequeño cabe el peligro de que no llegue nunca a ser verdadero lector. Nos hallamos ya ante un uso abusivo, indiscriminado, de la televisión, por el cual, y en principio, se acaba con el diálogo familiar, aunque las familias se hallen reunidas en una misma habitación, de igual modo que podrían estarlo en un cine: juntos, pero distantes, sin comunicación ni ahondamiento alguno en su mundo interior. En cuanto a los niños, cambian muchas horas libres de juego por la inercia—sin aire y sin sol— de una habitación oscura, sometidos a una prolongada y prematura fatiga visual y expuestos a dormir menos y a otros efectos negativos sobre su desarrollo físico y psíquico: menos tiempo y deseo de estudiar, ninguna o muy escasa afición a leer, atrofia progresiva del pensamiento y de las propias ideas—por excesivo influjo de la imagen— y mayor pereza para su desarrollo lingüístico, porque el telespectador de corta edad ve y oye, pero apenas se ejercita en hablar. Este panorama desolador—que en Estados Unidos, hoy a la cabeza en televisión, alcanza ya proporciones desmesuradas (8)— irá en aumento en nuestro país si no se adoptan urgentes medidas de protección, tales como la reducción de horarios de programación, la adecuación y elevación de los de carácter infantil—a fin de que no sean un elemento propicio a la estupidización colectiva— y muy especialmente la rigurosa

(8) Estadísticas recientes confirman que en los Estados Unidos hay receptores de televisión en el 90 por 100 de las casas, y que los niños se hallan ante el televisor tres o más horas diarias, y los más pequeños, un promedio que no baja de cuatro a cinco horas.

vigilancia por parte de los padres, si es que no están ya ellos mismos atacados por el *virus televisionis*, para que sus hijos usen, pero no abusen, de tan maravilloso invento, de esa magnífica ventana abierta al mundo que es—o que podría ser, bien dosificada—la televisión.

EXIGENCIA DE UNA PREOCUPACION Y DE UNA COOPERACION COLECTIVAS

El problema de la literatura y de las publicaciones para niños y adolescentes, y consiguientemente el de la lectura infantil y juvenil, es—como se ve—enormemente complejo y presenta gran diversidad de aspectos y de relaciones que hace algunos años no ofrecía, tales como la poderosa influencia negativa del abuso de cine y de televisión. Por ello, bien poco lograremos fomentando una literatura y unas auténticas publicaciones y revistas para niños y adolescentes si, en el caso deseable del destierro definitivo de absurdos «tebeos» y anodinos y chabacanos «coyotes», nos seguimos encontrando con que las atractivas pantallas del televisor y del cinema ofrecen voces e imágenes inconvenientes para las inteligencias infantiles y juveniles. Por otro lado—como ya señalé al principio—, la falta de libros en tantos y tantos hogares, la rutina de viejos moldes pedagógicos aún en uso, el exceso de memorismo y lo recargado de asignaturas y de horarios de nuestros planes de enseñanza sin resquicios abiertos a la lectura, la escasez de bibliotecas infantiles, el mínimo o ningún espacio en la prensa diaria a estos problemas son, entre algunos más, los factores negativos que van minando de continuo el pleno desarrollo de una literatura y de unas publicaciones auténticas para la infancia y la juventud.

Nos hallamos, pues, ante la necesidad de una preocupación y de una cooperación colectivas a fin de crear un clima propicio y unas condiciones idóneas, que suponen un conjunto de exigencias tales como éstas:

1.^a Que los padres consideren como uno de sus deberes más esenciales el de estimular y orientar—dentro de sus posibilidades—la lectura en sus hijos.

2.^a Que tal preocupación familiar inicial se continúe y regule debidamente por los maestros en la escuela primaria y luego sea especialmente orientada y vigilada por los profesores dentro de las diferentes modalidades de las Enseñanzas medias.

3.^a Que dentro de la Enseñanza universitaria y de las Escuelas Técnicas Superiores ocupen un lugar importante dentro de sus programas específicos de las diferentes carreras las horas destinadas a la lectura comentada, al coloquio sobre

determinadas obras propuestas en los cursos, etcétera.

4.^a Que ocupen espacios adecuados, dentro de las revistas, periódicos, radio y televisión, la crítica y los comentarios dedicados a la literatura y publicaciones para niños y adolescentes.

5.^a Que merezcan especial atención y vigilancia los programas infantiles de televisión, en su calidad, horarios, etc., y que se persiga idéntica finalidad en la censura de películas «toleradas».

6.^a Que se regulen adecuadamente las publicaciones infantiles y juveniles, suprimiéndose todas aquellas de carácter anodino, chabacano, violento e inconveniente.

7.^a Que se extienda—aún en mayor proporción que hasta ahora—el fomento de la literatura y de otras publicaciones y revistas para niños y adolescentes no sólo mediante los premios ya existentes y otros que pudieran establecerse, sino mediante asesoramientos, ayudas oficiales, etc.

8.^a Que se invite y se asocie a estas tareas de asesoramiento y orientación a padres, educadores, psicólogos, religiosos, profesores, críticos y bibliotecarios mediante la solicitud por el Estado de informes, opiniones, críticas, sugerencias, etcétera; y

9.^a Que se estrechen cada vez más nuestras relaciones con otros organismos y centros internacionales que desde hace algunos años se ocupan de estos problemas, tales como el Club de Jóvenes Lectores, fundado en Viena por Richard Bamberger; el Conseil International de Littérature de Jeunesse, debido a Jeanne Cappe; el Centro Didattico Nazionale di Studi e Documentazione, de Florencia, dirigido por Enzo Petrini, o la Biblioteca Internacional para la Juventud, fundada en Munich por Jella Lepman, entre otros.

La reciente celebración en Madrid del IX Congreso de la Unión Internacional para el Libro Juvenil ha sido buena ocasión para contrastar lo que se ha hecho—fuera y dentro—y lo mucho que nos cabe hacer en esta importantísima tarea. Y, sobre todo, para hacer un sincero examen de conciencia, imponiéndonos el quehacer que tan arduo y complejo problema nos exige en esta hora. Porque, como ha dicho un ilustre educador (9), «en un mundo que atraviesa una crisis tan grave y peligrosa, con un proceso técnico vertiginoso que se aleja más cada día del lentísimo progreso moral y social de los individuos y de las comunidades y que mira con suficiencia, si no con desprecio acaso, algunos bienes fundamentales heredados del humanismo, es necesario más que nunca dirigirse a los jóvenes para salvar en ellos y por ellos todo lo que es esencial del humanismo perenne, lo que no puede faltar al hombre».

(9) Cfr. ENZO PETRINI: *Estudio crítico de la literatura juvenil*. Trad. española. Madrid, 1963.